

desde el s. XVII hayan, de un modo u otro, atraído la curiosidad de artistas, estudiosos y coleccionistas. En realidad estas piezas no interesan únicamente desde el punto de vista del arte decorativo o la epigrafía romanas. Las urnas cinerarias no son, únicamente, de forma cilíndrica o prismática ni cada urna es utilizada para una incineración sino que puede ser un receptáculo de cenizas colectivo. La urna es un elemento itálico, no exclusivo de Roma, que recibe, como tantos otros aspectos de la vida romana, una indumentaria griega y su decoración, es, exclusivamente, floral. Aparecen en época claudia y desaparecen en el s. II d. C. (es indicativo en este sentido el cuadro trazado por Sinn, p. 18 ss., sobre los hallazgos en las distintas áreas y monumentos cimiteriales de Roma.) Sin embargo algunas piezas son pre o protoagusteanas con una serie de cambios estilísticos y decorativos, p. 22-53, aunque hay que tener en cuenta que las precisiones deben mucho no solo al análisis estilístico sino a las procedencias de áreas cimiteriales fechadas. Es interesante observar como la decoración prescinde de narración y figuración para, paulatinamente ceñirse a lo ornamental, vegetal o arquitectónico.

El catálogo comprende un total de setecientas catorce urnas, incluyendo las de autenticidad dudosa o insegura. Figuran en él los tres ejemplares del M.A.N. que fueron de la colección del marqués de Salamanca y por su procedencia no urbana se excluye la de Cartago en el mismo museo. Hay que observar que las tres piezas del M.A.N., quizás no vistas directamente por la autora, son incluidos con reservas al ser modernas sus inscripciones lo cual, en principio, puede no ser un criterio excluyente de autenticidad y si un «embellecimiento» de ejemplares anepígrafos, como son la mayor parte de los conocidos y por una u otra razón se excluyen bastantes, p. 267-79. Uno de ellos es el ejemplar Prado E-427. A propósito de éste hay que tener en cuenta que la A., que utiliza para las piezas de Madrid el libro de Ricard y desconoce el catálogo de Blanco, desconoce la urna E-48 que probablemente habría excluido en razón de su inscripción.

Es sabido que en ocasiones ciertas series no se estudian por estar compuestas por pocos ejemplares pero que otras tampoco lo son por considerarse demasiado numerosas. Si el único merito de este libro fuera, y no es solo éste, el haberse enfrentado con un material tan abundante y en apariencia tan monótono ya merecería, por ello, plácemes y agradecimiento.—ALBERTO BALIL.

Wiktor Andrzej DASZEWSKI *Corpus of Mosaics from Egypt, I, I, Hellenistic and early Roman Period*, Mainz, Ph. von Zabern, 1985, 4^o, viii-191, 12 figs., IV lams. (= AEGYPTIACA TREVERENSIA, III)

Redactado en 1979 este volumen sufre de las consecuencias, por razones desconocidas, de una larga permanencia en la imprenta. Esto, con el actual «boom» de publicaciones sobre mosaicos puede ser bastante grave pero en el caso de los mosaicos de Egipto, dada su particular situación, esto afecta más a los estudios generales que al monográfico de los mosaicos. Para mí tiene mayores consecuencias, al no poder seguirse una línea continua de estudio, que no se haya publicado el segundo volumen de esta obra que, lógicamente, alcanzaría el Bajo Imperio.

El catálogo se compone de cincuentitres mosaicos, procedentes de Alejandría, el Delta, etc. Entre los poco conocidos, con significado desigual hay que tener en cuenta los nº 1.3.6.8.9-12.20.21.22-37.41-52.

El primer capítulo se dedica a las fuentes textuales singularmente ATHEN. *Deip.* V. El a. sostiene el origen alejandrino de los *emblemata*, en contra de mi tesis de origen occidental. El nº de *emblemata* alejandrinos no me parece razón de ser para postular un origen distinto, del mismo modo que no veo relación entre éstos *emblemata* y los tripolitanos de Tolemaida («palazzo delle colonne»), Zliten, Dar-

Bouq-Amera etc., como ya había sostenido Adriani (*Divvagazioni...*) Caso de tener que cambiar de opinión confieso que más pudieran inclinarme a ello los *emblemata* chipriotas, independientemente de si el nombre *emblemata* está bien o mal aplicado, que los ejemplares alejandrinos incluyendo los de Thmuis. La aparición conjunta de guijarros ('pebbles') y teselas es de interés pero deberá ser reexaminada en relación con las nuevas aportaciones de K. Dunbabin sobre el origen del *tessellatum* (Bath, septiembre 1987).

Dos largos capítulos, eminentemente comparativos, se dedican al estudio de la composición y los temas decorativos. Igual se diga a los dedicados a técnica, talleres y estilos, en ocasiones reiterativos en relación con el apartado dedicado a comentar las fuentes textuales. Para los mosaicos de cantos el a. supone la existencia de un taller en Alejandría, activo bajo el patronato real. En realidad la existencia del taller urbano y el desplazamiento es algo común a estas actividades, el a. puede recordar en este sentido sus observaciones a propósito de (Asklep) iades de Arados activo en Délos. Lo que me parece más difícil de demostrar, aunque sea válido como opinión o hipótesis de trabajo, es la existencia de un «taller real».

Otro aspecto es el de los encachados de cantos y hasta que punto es posible trasladarlos de la categoría genérica y funcional de pavimentos a la más específica de mosaicos y esto fue abundantemente tratado en la Mesa Redonda Hispano-Francesa sobre el mosaico hispano-romano. Un encachado resulta más duradero y económico que otros tipos de pavimento barato sea este tierra apisonada o baldosín cerámico, *testaceum* o mortero.

El contexto arquitectónico de los mosaicos egipcios, cap. VI, es el previsible, lugares de habitación, un área cultural y termas. El mosaico, teselado o de cantos, no es el único modo de pavimentar una habitación lujosa (p. 92) el enlosado, mármol etc., era mucho más costoso.

En apéndice se trata de algunos aspectos concretos y recapitulativos, el de la cronología de los «mosaicos de guijarros» según Salzmán, distinta a la propuesta por A. D. y, más especialmente, a su valoración de Alejandría como centro creador. El autor se reafirma en sus valoraciones recurriendo al significado del contexto arqueológico. La revisión del texto de Salzmán, es posterior a la preparación del manuscrito de A. D. Se plantea de nuevo el, ya aludido, tema de la aparición, donde y cuando, del teselado. El apéndice sobre Zliten parte del presupuesto (cfr. 15 ss. 26 s.) de la existencia «of a large group of specialists highly trained in the emblemata technique». Me permito preguntar porqué, en tales casos los soportes cerámicos tienen sus dimensiones en pies y no en cúbitos del mismo modo que tengo que confesar que, al menos en fotografías, no veo ninguna semejanza entre las «Estaciones» de Zliten (p. 183) y el destrozado *emblemata* de Clio.

Un hecho interesante es la identificación (146 ss.) de los mosaicos de Thmuis, habitualmente identificados como representaciones de la Thyché de Alejandría como imágenes de Berenice II. Esta interpretación resuelve algunas de las dificultades que ofrecía una Tyché anómala. Este texto cobra la importancia de un *excursus* sobre la iconografía de Alejandría. La atribución de ambos *emblemata*, con sus diferencias cronológicas, a Berenice II parece convincente mientras no se considere delito de lesa majestad colocar en un pavimento el retrato del soberano.

Una valoración justificada de esta obra exige disponer de la segunda parte. Hasta aquí hay que reconocer el esfuerzo del autor tratando de sacar partido de un material fragmentario y disperso. La inclusión de un mapa y una mayor amplitud de la lista de abreviaturas habrían sido de agradecer.—ALBERTO BALIL.